

## DOCUMENTOS HISTÓRICOS.

## VIAJES A MÉXICO EN LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII.

## SIGLO XVI.

VIAJES DE VARIOS INGLESES Á LA NUEVA-ESPAÑA,  
SACADOS DE LA COLECCIÓN DE HAKLUYT Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO  
POR EL SOCIO DE NUMERO  
JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.

[CONTINUA].

## VI.

Viajes de Job Hortop, á quien Sir Juan Hawkins dejó en tierra en el golfo de México, despues de su salida del puerto de San Juan de Ulúa, el 8 de Octubre de 1568.

No sin verdad ni fundamento aquel fiel siervo de Dios llamado Job [que vivió en la tierra de Hus, segun refiere la Escritura], dijo que el hombre nacido de muger vive poco tiempo y está lleno de miserias: <sup>1</sup> lo cual saben unos por haberlo leído en los libros, otros por haber presenciado desdichas ajenas, y yo por experiencia propia, como lo probará la relacion que sigue.

Muchos saben que yo, Job Hortop, polvorista, nací en Bourne, pueblo de Lincolnshire, y á la edad de doce años fuí llevado á Redriffe, cerca de Lóndres, con Mr. Francisco Lee, polvorista de S. M., en cuyo servicio estuve hasta que fuí compelido

<sup>1</sup> Job, cap. XIV, v. 1.

á ir en el tercer viaje á las Indias Occidentales con el muy excelente señor Juan Hawkins, quien me nombró uno de los artilleros del buque de S. M. el «Jesus de Lubeck,» y salió de Plymouth en el mes de Octubre de 1567, llevando consigo otro buque de S. M. llamado el «Minion,» y otros cuatro suyos, á saber: el «Angel,» el «Swallow,» el «Judith» y el «William and John.» Previno á su segundo, que si el mal tiempo los separaba, se reunirían en la isla de Tenerife. En seguida, por espacio de siete dias con sus noches, tuvimos tales tormentas, que perdimos la lancha y una pinaza con algunos hombres. Llegados á la isla de Tenerife, supo el general que su teniente, con el «Swallow» y el

«William and John,» estaba en una isla llamada Gomera, y en efecto allí le encontró. Habiendo anclado y hecho aguada, dió á la vela para el cabo Blanco, y de camino tomamos una carabela portuguesa cargada del pescado que llaman mújol. De allí fuimos á Cabo Verde, y en la travesía encontramos á un frances de la Rochela llamado el capitan Bland, que habia tomado una carabela portuguesa: dióle caza el vicealmirante y le apresó. El capitan Drake, ahora Sir Francisco Drake, fué nombrado capitan de la carabela, y proseguimos nuestra derrota hasta llegar á Cabo Verde, donde habiendo anclado, echamos los botes y mandamos soldados á tierra. El general fué el primero que saltó en tierra, y el capitan Dudley con él. Tomamos allí ciertos negros; mas no sin daño nuestro, pues el general, el capitan Dudley y otros ocho fueron heridos con flechas envenenadas. Cosa de nueve dias despues murieron los ocho heridos; mas un negro enseñó al general el modo de sacar de la herida el veneno con un diente de ajo, y así sanó. Fuimos de allí á Sierra Leona donde hay unos peces monstruosos llamados tiburones, que devoran á los hombres. Yo y otros fuimos enviados en el «Angel» con dos pinazas, adentro del rio nombrado Calousa, á buscar dos carabelas que andaban por allí en el comercio de negros: tomamos una con los negros y la trajimos.

En este rio, una de las pinazas fué desfondada en la noche por un hipopótamo, y echándose los hombres á nado fueron recogidos en la otra, excepto dos que se afianzaron el uno al otro y los llevó el animal. Este monstruo es del tamaño de un caballo, salvo que tiene las piernas muy cortas; sus dientes son enormes y de una cuarta de largo. Acostumbra meterse de noche en los bosques, tratando de sorpren-

der á los negros en sus chozas para devorarlos, lo cual ellos estorban con su vigilancia, y le matan del modo siguiente. Hacen buena guarda, espiondo con cuidado la llegada de estos animales, y cuando ven que se han internado en los bosques, atraviesan inmediatamente en el camino un grueso tronco de árbol, de manera que al regreso no pueden pasar por encima de él, á causa de tener las piernas tan cortas, y entónces los acometen los negros con sus flechas y dardos hasta que los matan.

Entramos despues en el rio llamado Caserros, donde habia otras carabelas comerciando con los negros, y las apresamos. En esta isla, entre el rio y el mar, crecen árboles con ostras encima. <sup>1</sup> Hay palmas tan altas como el palo mayor de un navío, y en la cima producen nueces [¿cocos?] de vino y de aceite; y así las llaman palmas de vino y palmas de aceite. Tambien se dan plátanos en aquella tierra: el tronco es tan alto como el de un abeto, y tan grueso como un muslo: sus hojas son largas y anchas, y arriba da el fruto llamado tambien plátanos: estos son curvos, de un codo de largo, gruesos como la muñeca y agrupados en racimos. Cuando es-

<sup>1</sup> In this Island between the river and the main trees grow with Oysters upon them. Los árboles á que se refiere el autor son sin duda los mangles, que crecen en las orillas del mar y esteros salados de los climas tropicales. Ademas de las ramas, producen unas guías ó bejucos que bajan al suelo cenagoso, enraizan en él, y dan origen á nuevos árboles, que á su vez producen otros de la misma manera, formando en poco tiempo un bosque impenetrable. (ULLOA, *Viaje á la América Meridional*, pte. I, n.º 436.—OVIEDO, *Hist. General y Nat. de las Indias*, lib. IX, cap. 6, &c. Es sabido, por otra parte, que las ostras se adhieren á los cuerpos submarinos, como lo son las raíces, y aun parte de los troncos de los mangles, durante la pleamar.—La expresión *betwixt the river and the main* es oscura, pues *main* puede significar lo mismo el Océano que el Continente.

tán maduros son muy buenos y agradables al paladar, y ni aun la azúcar es de gusto mas delicado.

Con el «Angel» el «Judith» y las dos pinazas hicimos vela para Sierra Leona, donde se hallaba el general, quien con los capitanes y soldados entró por el río nombrado Tagarino á tomar un pueblo de negros. Allí encontró tres reyes de aquella tierra con cincuenta mil negros, sitiando el mismo pueblo que no habian podido tomar en las veces que le habian acometido de muchos años atras. Nuestro general abrió una brecha, entró y tomó bizarramente el pueblo, donde encontró cinco portugueses que se rindieron á discrecion, y él les perdonó la vida. Tomamos y nos llevamos quinientos negros para el comercio de las Indias Occidentales. Los tres reyes llevaron siete mil negros á una punta de tierra durante la baja mar, y se ahogaron todos en el cieno, porque no pudieron tomar sus canoas para salvarse. Nos volvimos con las pinazas á los buques, hicimos aguada, y dimos á la vela para Rio Grande. Llegados allá, entramos con el «Angel» el «Judith» y las dos pinazas, y nos encontramos con siete carabelas portuguesas que sostuvieron contra nosotros un reñido combate. Al fin con el favor de Dios alcanzamos victoria y los hicimos huir á la ribera, por donde se escaparon con los negros, y nosotros retiramos de la orilla las carabelas. La mañana siguiente Mr. Francisco Drake, con su carabela el «Swallow» y el «William and John» entró por el río acompañado del capitán Dudley y sus soldados: echaron á tierra cien de ellos solamente, que pelearon con siete mil negros, quemaron el pueblo, y volvieron al general con pérdida de un solo hombre.

En aquel lugar hay muchos gatos de algalia que se crian en los huecos de los ár-

boles: los negros los cogen con redes, los meten en jaulas, los alimentan con mucho regalo, y les sacan el almizcle con una cucharita.

Emprendimos entónces nuestro viaje desde Guinea hácia las Indias Occidentales, y en la travesía murió el capitán Dudley.

Navegando para las Indias, la primera tierra que descubrimos fué la isla nombrada Dominica, á la cual llegados, anclamos, tomamos provision de agua y leña, é hicimos rumbo á otra isla llamada Margarita, donde el general, á pesar de los españoles, ancló, desembarcó y tomó víveres frescos.

1 Estos animales, que el autor llama *muskecats*, deben ser los *gatos de algalia*, pues les convienen las señas que da. El animal (hasta hoy poco conocido) que produce el verdadero almizcle es una especie de corzo, y solo se cria en el Asia. El olor del almizcle y el de la algalia son tan semejantes, que es fácil confundirlos. Creo no desagradará al lector el siguiente pasaje, relativo á los gatos de algalia que se encuentra en el *Simbolo de la Fé*, de Fr. Luis de Granada. [Pte. I, cap. 22]: «Entre tantas diferencias de animales, no puedo dejar de hacer mencion del regalo de la Divina Providencia en haber criado gatos de algalia. Es, pues, de saber que este animal tiene una bolsa entre los dos lugares por donde se purga el vientre, repartida en dos senos, y en ellos descarga poco á poco esta masa tan estimada, de modo que cada cuatro días es menester descargar esta bolsa con una cucharita de marfil; porque cuando esto no se hace, el mismo se arrastra por el suelo para despedir de sí esta carga, que le da pena por ser muy caliente. Y desta manera cada mes se saca de él una onza de algalia, que en esta era de agora vale diez ó doce ducados en Lisboa. Y mas, añado aquí una cosa, que si no fuera tan pública, no me atreviera á escribirla, la cual es que en esta ciudad (Lisboa) hay un mayorazgo que dejó un padre á su hijo, de veintin gatos de algalia, los cuales hecha la costa del mantenimiento de ellos, le rentan cada año seiscientos mil maravedís. Y la institucion de este mayorazgo es con cláusula que esté siempre entero este número de gatos, so pena de tres mil ducados, aplicados al hospital de la Misericordia.»

A una milla de la isla está en el mar una roca, en la cual se cria una multitud de aves semejantes á las berniclas: <sup>1</sup> por la noche íbamos en nuestros botes y á garrotazos matábamos muchísimas y las llevábamos á bordo, juntamente con muchos huevos, que son del tamaño de los de pava y pintados como ellos. Los comiamos y nos parecían muy buenos.

De allí nos fuimos á Burboroata, que es en la tierra firme de las Indias Occidentales: entramos, anclamos y nos entretuvimos dos meses aderezando los buques y comerciando con varios españoles de aquel país. El general nos despachó á una ciudad llamada Placencia (que estaba en un cerro alto) para suplicar al obispo que reside en ella, nos otorgase amistad y favor sin faltar á sus leyes; pero informado de nuestra venida, abandonó de miedo la ciudad. En la subida al cerro de Placencia, encontramos una gran serpiente venenosa, con dos cabezas: el cuerpo era tan grueso como un brazo, y de una yarda de largo. Nuestro maestre Roberto Barret, la partió en dos con su espada, la cual quedó tan negra como si la hubieran metido en tinta.

Hay gran número de tigres grandes y feroces, que con maña devoran á muchos. Andan por los caminos frecuentados, y se dejan ver de los caminantes dos ó tres veces; luego se emboscan, aguardan á que hayan pasado los caminantes, y entónces los sorprenden arrojándose sobre ellos repentinamente, y los devoran. Así iba á suceder con dos de los nuestros, á no haber sido porque uno de ellos miró hácia atras. El general despachó tres buques á la isla llamada Curazao, con objeto de hacer provisiones para los demás, y allá le aguardaron. Desde allí envié el «Angel»

1 La bernicla es una especie de pato ó cerceta.

y el «Judith» al río de la Hacha, donde fondeamos frente al pueblo. Los españoles nos dispararon desde la orilla tres tiros de artillería, y les contestamos con dos que atravesaron la casa del gobernador. Levamos en seguida las anclas y fuimos á fondear fuera de tiro del pueblo, en cuyo lugar estuvimos cinco dias, á pesar de los españoles y de sus disparos. En el intermedio llegó de Santo Domingo una carabela de aviso, á la cual dimos caza con el «Angel» y el «Judith» hasta hacerla aterrizar; pero de allí la trajimos á pesar del fuego de doscientos arcabuceros españoles, y volvimos á anclar frente al pueblo, en cuya posicion permanecimos hasta que el general llegó, fondeó, echó en tierra su gente y tomó valerosamente el pueblo, con pérdida de un hombre, llamado Tomás Surgeon. Desembarcamos, y para estar con seguridad establecimos en tierra nuestra artillería de campaña: echamos á los españoles dos leguas la tierra adentro, y así se vieron obligados á contratar con nuestro general, quien les vendió la mayor parte de sus negros.

A la puesta del sol matamos en este río un monstruoso lagarto ó cocodrilo. Entramos siete por el río en la pinaza, llevando un perro, al cual con un cordel atamos un gran garfio de hierro con su cadena y alacran, la cual pusimos bajo el vientre del animal, quedando en el lomo la punta del garfio, y todo bien asegurado como está dicho. Echamos el perro al agua, y fuimos largando cuerda poco á poco, al mismo tiempo que remábamos. Vino el lagarto, y en el acto tragó al perro: seguimos remando hasta que le sofocamos, y entónces se zambulló, causando grande agitacion en el agua. Saltamos á la orilla, y tirando de la cuerda le sacamos á tierra: tenia veinte y tres piés medidos: la cabeza era

de cerdo; el cuerpo de serpiente, con escamas como platillos; la cola larga y llena de nudos tamaños como pelotas de falcon. Tenia cuatro piernas, y en las patas uñas largas como de dragon: le abrimos, le destripamos, y habiéndole desollado, secamos la piel y la rellenamos de paja, con intento de traerla á nuestro país, como lo hubiéramos hecho, á no haberse perdido el buque. Este monstruo puede llevarse y devorar un hombre á caballo.

De allí nos encaminamos á Santa Marta, donde saltamos en tierra, contratamos, y vendimos ciertos negros. Dos de nuestros compañeros mataron allí una monstruosa serpiente que se iba para su madriguera con un conejo en la boca. Era tan gruesa como un muslo, y de siete piés de largo: en la cola tenia diez y seis nudos, cada uno como una gran nuez, los cuales, segun dicen, indican la edad: era verde y amarilla: abriéronla, y en el vientre le hallaron dos conejos.

Dimos luego á la vela para Cartagena, donde entramos, fondeamos, y habríamos comerciado con los vecinos, á no haber sido porque tenian gran temor al rey. Entónces trajimos el «Minion» al frente del castillo, y disparamos al castillo y á la ciudad; desembarcamos luego en una isla donde habia muchos jardines: allí en una bodega, hallamos ciertos botijos de vino que nos llevamos, y el general, en compensacion de ellos, mandó dejar en tierra telas de lana y de lino, de igual valor. Desde aquel lugar, por causa del mal tiempo, nos vimos obligados á buscar el puerto de San Juan de Ulúa. En la travesía, frente á Campeche, encontramos un pequeño barco español, que se dirigia á Santo Domingo: iba en él un español, llamado Agustín de Villanueva, que fué quien hizo traicion á todos los nobles de las Indias, y fué causa

de que los degollasen,<sup>1</sup> por lo cual, con dos frailes se huia á Santo Domingo; pero los apresamos y trajimos con nosotros á San Juan de Ulúa. El general hizo gran caso de él, y le trató como á noble; mas con todo eso, fué al fin uno de los que nos hicieron traicion. Cuando hubimos anclado y desembarcado, montamos la artillería que encontramos en la isla, y hacíamos guardia y vela para estar seguros. Al otro dia avistamos la flota española, de que era general un español llamado Luzon [Lujan] con quien venia otro español llamado D. Martín Enriquez, que el rey de España enviaba por su virey á las Indias. Despachó á nuestro general una lancha con bandera de parlamento, para saber de qué nacion eran los buques que veia anclados en un puerto del rey de España. Respondiósele que eran buques de la reina de Inglaterra, que venian en busca de víveres, por su dinero; y que si el general de la flota queria entrar, habia de darnos víveres, así como las demas cosas que necesitábamos; que nos iríamos á un lado del puerto, y él entraria á colocarse en el otro. El español replicó, que él era el virey, que traia mil hombres, y que por consiguiente entraria. Nuestro general dijo entónces: «Si él es virey, yo represento la persona de mi reina; y si él trae mil hombres, mi pólvora y mis balas triunfarán.» El virey, despues de haber tenido consejo, cedió á la demanda del general, jurando por su rey y su nacion, por su título y por la autoridad que tenia del monarca, que así lo cumpliría, é incontinenti se dieron rehenes por ambas partes. El general con ánimo recto y cristiano, ageno de todo engaño y fraude, juzgan-

<sup>1</sup> Alude sin duda el autor á la circunstancia de haber sido Agustín de Villanueva uno de los que denunciaron la *conjuracion* del marques del Valle.

do que los españoles harian lo mismo, entregó seis caballeros, sin poner duda en que le entregarían otros iguales; pero los pérfidos españoles (segun despues se descubrió) nos dieron los mas plebeyos de sus tripulaciones, disfrazados con ricos trajes. Hecho esto, se pregonó por ambas partes, que so pena de muerte nadie diera ocasion para alguna reyerta con que se turbara el concierto, y de esa manera entramos pacíficamente en el puerto, con grande aplauso de todos.

Acto continuo trajeron los españoles una grande urca de seiscientas toneladas y la anclaron al costado del «Minion», abrieron portas en los otros buques, asestándonos la artillería, y en la noche llenaron de gente la urca para abordar el «Minion», segun despues pareció; todo lo cual dió motivo á que nuestro general desconfiase, y enviase á Roberto Barret, porque sabia la lengua española, á preguntar al virey qué significaba aquello. Habiéndole invitado el virey á entrar con los que le acompañaban, mandó luego echarle grillos, é inmediatamente tocaron una trompeta, que era la señal convenida entre los pérfidos españoles para dar principio á su proyectada traicion contra nuestro general. Este hubiera sido muerto entónces por Agustín de Villanueva, que estaba con él á la mesa y llevaba un puñal oculto en la manga, á no haberlo visto y estorbado un Juan Chamberlaine, que le sacó de la manga el puñal. Levantóse al punto el general, y ordenó que le pusiesen preso en la despensa, custodiado por dos hombres. Creyendo los desleales españoles que todo habia pasado á medida de su deseo, tocaron la trompeta, y en el acto trescientos hombres acometieron al «Minion», visto lo cual, nuestro general nos gritó con voz furiosa: «Dios y San Jorge; dad sobre estos

villanos traidores, y salvad el «Minion»: confío en Dios que la jornada será nuestra.» A estas voces marineros y soldados saltaron del «Jesus de Lubeck» al «Minion», y echaron á los españoles. Con un disparo del «Minion» se incendió la vicecapitana española, donde pereció la mayor parte de trescientos españoles, volados por la pólvora: tambien su capitana estuvo incendiada media hora. Picamos los cables, y viramos hácia afuera, sin dejar de combatir; mas nos acometian por todos lados, y la pelea duró desde las diez de la mañana hasta el anochecer. Mataron á todos los nuestros que estaban en la isla, ménos á tres que á nado alcanzaron el «Jesus de Lubeck».<sup>1</sup> Nuestra capitana, llamada el «Angel», fué echada á pique, y el «Swallow» apresado. La capitana española tenia mas de sesenta balazos, y muchos de la tripulacion estaban fuera de combate: otros cuatro de sus buques fueron echados á pique. Entre la flota y los que vinieron de tierra á ayudarle, habia mil quinientos hombres: de ellos matamos quinientos cuarenta, segun supimos con buen fundamento, por una relacion que vino á México. Durante la pelea, el «Jesus de Lubeck» recibió cinco balazos en el palo mayor: el trinquete fué cortado bajo.....<sup>2</sup> por un tiro de balas encadenadas, y el casco estaba acribillado, de suerte que era imposible sacarle. Los enemigos pusieron fuego á dos de sus buques, tratando de incen-

<sup>1</sup> Segun se expresa al fin de esta relacion, el autor fué uno de estos tres que escaparon á nado.

<sup>2</sup> *Under the hounds*, dice el original, y no he podido encontrar la correspondencia castellana de la palabra *hounds*.—Aunque el traductor vivió algunos años en un puerto de mar de España, lo cual le dió ocasion de aprender bastantes términos de náutica *en castellano*, no está seguro de haber acertado á traducir los muchos que se encuentran *en inglés* en esta relacion y la siguiente.